

El Botox o la globalización de lo bello Le Botox ou la globalisation du beau

Andrés Gaitán T.

Number 102, Spring 2009

URI: <https://id.erudit.org/iderudit/45470ac>

[See table of contents](#)

Publisher(s)

Les Éditions Intervention

ISSN

0825-8708 (print)

1923-2764 (digital)

[Explore this journal](#)

Cite this article

T., A. G. (2009). El Botox o la globalización de lo bello / Le Botox ou la globalisation du beau. *Inter*, (102), 64–69.

El Botox o la globalización de lo bello

Esta reflexión busca establecer una metáfora sobre la manera en que se está entendiendo y asimilando el concepto de "lo bello" desde el mal llamado "Tercer Mundo". Se habla desde Colombia en algunos casos, pero no cierra la posibilidad de que esta misma metáfora se cumpla en otros países de la América Latina, donde existe un común denominador que es el de tener siempre una subordinación cultural –por no hablar de otros órdenes– a los países del también mal llamado "Primer Mundo".

En primera instancia voy a remitirme a aspectos históricos relacionados con hechos ocurridos en el país hace casi sesenta años, momento en el cual se empezó a gestar una de las tantas formas de violencia que nos acompañan hoy día. Observando con detenimiento aquel momento y haciendo una comparación con los cambios que han ocurrido en la ciudad de Bogotá en la última década, podremos ver cómo se inicia un "movimiento" de limpieza que incluye la borrada sistemática de la memoria del país y de su patrimonio arquitectónico e histórico. No estará de más recordar que cuando se habla del 9 de abril de 1948, se está mencionando un hito de ruptura histórica en Colombia. Una persona llamada Juan Roa Sierra mató en el centro de Bogotá a Jorge Eliécer Gaitán, quien representaba el alma de todo el pueblo colombiano y que de seguro iba a convertirse en el primer presidente de izquierda del país. De Juan Roa Sierra no se sabe mucho. Nunca se logró encontrar un vínculo palpable de este asesinato con un móvil político. A pesar de ello, la duda siempre quedó en el ambiente.

De este episodio de violencia doy un paso hacia una experiencia propia en el primer mundo (París, Francia). Me centraré en la manera en que se empieza a implementar un sentido de exagerada democracia, obligando a generar lecturas erróneas entre los derechos del ciudadano y los derechos del Estado. La supremacía del Estado se destaca frente a la del ciudadano, especialmente cuando el mismo Estado adecúa unas estéticas que favorecen el principio del orden ante el debate y el disenso. Lo importante en este caso es ver cómo la forma prima sobre el fondo, generando desde el "Tercer Mundo" una apropiación de estéticas foráneas que buscan eliminar las diferencias. Esta tendencia incluye la masificación y el movimiento hacia pequeños ejércitos de ciudadanos uniformados, donde lo que se busca es seguir un patrón o un modelo tipificado por los medios.

Para terminar, me detengo en la metáfora del Botox, puesto que es un tratamiento a base de toxinas muy peligrosas para la salud, que se utiliza muy a menudo en Colombia y en buena parte del mundo. Dicha metáfora busca enlazar la historia de Colombia con el pasaje en Francia, para sacar a la luz una hipótesis basada

en la pregunta sobre la manera en que se está instaurando una especie de globalización de lo bello. El Botox, como metáfora, se puede aplicar tanto en la comida como en los órdenes sociales.

El caso Roa Sierra

El 9 de abril de 1948, a eso de la 1:15 de la tarde, pocos minutos después del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, el cuerpo de Juan Roa Sierra fue linchado por la turba capitalina. El pueblo se unió con una rapidez inusitada en el centro de la ciudad para manifestar su ira por la muerte de uno de los líderes políticos más grandes que ha tenido Colombia. Juan Roa Sierra recibió en su cuerpo todo el peso de esa ira inicial convirtiéndose en un objeto de desfogue. Su agonía no duró mucho por las puñaladas que recibió con una especie de estilógrafo¹ y por los golpes que aguantó su cabeza. Sin embargo, el cuerpo ya muerto continuó una travesía por las calles de la ciudad, en la que fue sometido a todo tipo de vejámenes.

Juan Roa Sierra no se parecía en nada a la persona que encontraron medio deshecha en los pabellones del Cementerio Central. Sin embargo, la tarea de identificación no fue difícil: este era el único cadáver que no sólo tenía huellas de linchamiento en todo su cuerpo y en su rostro, sino que a su vez no presentaba heridas de machete o bala.

De Jorge Eliécer Gaitán podemos apreciar, en cambio, hermosas imágenes que revelan una intencionalidad no sólo de posar con el muerto, sino de que éste tenga un buen parecido: que el muerto sea bello, y lo bello en él es precisamente que no semeje un muerto, sino que aparente estar en un profundo y agradable sueño. Su vitalidad, que siempre conservó con ejercicios y disciplina diarios, le dio hasta el final de sus días una apariencia recia y juvenil (algunos ejemplos del muerto bello en Colombia: Pizarro o Galán).

Luego de este preámbulo quisiera detenerme en un par de puntos: El primero, sobre lo que sucedió con la ciudad de Bogotá el 9 de abril de 1948 y la memoria que ha quedado de

estos momentos. Para muchos, para nuestros padres y abuelos, éste ha sido un episodio que ha dividido la historia de Colombia. Se trata de un momento en el cual se empiezan a registrar cambios mundiales movilizándose esferas en dos hemisferios completamente antagónicos. La Guerra Fría, el peligro del comunismo en países de la América Latina, y, para ser más locales, la pugna entre liberales y conservadores, fueron síntomas de algunos cambios sustanciales a todo nivel (político, social, económico). Si por un lado² (el de la guerra que libra hoy día el país) tenemos aún estas secuelas muy vivas, por el otro vemos cómo ha quedado la memoria olvidada en el centro de Bogotá: el sitio donde cayó Gaitán está tristemente abandonado a su suerte con una serie de placas conmemorativas que nadie ha limpiado desde hace décadas. Vendedores ambulantes y negocios negros de esmeraldas durante el día, y baño público de noche, es lo que queda de recuerdo de este sitio. Este lugar se puede trasladar a todo el territorio nacional y a lo que en un momento dado sucedió con el país. Se convierte en sí mismo en el un lugar que refleja no sólo un 9 de abril lejano, sino el estado actual de la memoria del país.

En segundo lugar vemos cómo hay un aspecto absolutamente contrario al anterior: pasamos del abandono a la pulcritud. El Cementerio Central es un lugar donde se encuentran las tumbas de un gran número de personajes ilustres de la historia de Colombia. Como aspecto histórico del mismo cementerio, algunas de sus bóvedas se prestaban para el alquiler temporal a familias sin recursos económicos. Este cementerio, que llegó a verse atiborrado de cadáveres en sus fosas comunes, donde fueron a parar todos los muertos de aquel fatídico día, lugar que guardaba en su memoria una buena dosis de protagonismo, terminó, en esos días, partido en dos. Se borró la parte "pobre" del mismo para convertirse en un gran proyecto de jardín y parque público. Dicho cementerio, la parte miserable del mismo, que fuera un lugar de abandono y de ventas ilegales de cuerpos, propicio para la creación de mafias de ladrones de tumbas y hasta de ritos de grupos satánicos, ahora es un hermoso y florido parque nuevo (Parque del Renacimiento), aséptico y con espacios llenos de vida donde el orden impera a cambio del descuido, y donde la recreación y el esparcimiento hacen parte de lo cotidiano, limpiando, de esta manera, todo tipo de vestigio sobre vidas y hechos pasados.

Vemos en los dos ejemplos anteriores cómo el discurso del cambio radical es recurrente en el momento de justificar la asepsia de un lugar determinado: no hay memoria que sobreviva cuando ésta ha sido dejada en el abandono. Sucedió algo similar con el sector de El Cartucho³, o con los patrimonios culturales de la nación



> Carlos Colombino / PARAGUAY © BdlH

Le Botox ou la globalisation du beau

Cette réflexion cherche à établir une métaphore sur la manière dont est compris et assimilé le concept du « beau » depuis le mal nommé « tiers monde ». S'il en est question, dans certains cas, en Colombie, cela n'exclut pas la possibilité que cette même métaphore s'applique dans d'autres pays d'Amérique latine, où il existe un dénominateur commun qui consiste toujours en une forme de subordination culturelle – pour ne pas dire d'autres subordinations – vis-à-vis des pays du tout aussi mal nommé « premier monde ».

En premier lieu, je me référerai aux aspects historiques liés à des faits survenus dans notre pays, il y a de cela presque 60 ans, époque à laquelle a commencé à germer l'une des nombreuses formes de violence qui nous accompagnent encore aujourd'hui. En observant avec retenue ce moment précis et en proposant une comparaison avec les changements survenus dans la ville de Bogota durant la dernière décennie, nous pourrions voir comment a commencé un « mouvement » de nettoyage qui inclut l'effacement systématique de la mémoire du pays, de son patrimoine architectural et historique. Nous ne manquerons pas de nous souvenir du fait que, quand nous parlons du 9 avril 1948, nous observons bien un seuil de rupture historique en Colombie. Un individu nommé Juan Roa Sierra assassina, au centre de Bogota, Jorge Eliécer Gaitán, qui représentait l'âme de tout le peuple colombien et qui, assurément, était sur le point de devenir le premier président gauchiste du pays. Nous ne savons pas grand-chose sur Juan Roa Sierra. Nous ne réussissons jamais à trouver une raison valable à cet assassinat à caractère politique. Un doute demeura à jamais dans l'air du temps.

À partir de cet épisode de violence, je vais faire un pas vers une expérience personnelle vécue dans le premier monde (Paris, France). Je me concentrerai sur la manière dont a commencé à se développer un sentiment de démocratie exagérée, qui a généré de manière forcée des lectures erronées à propos des droits du citoyen et des droits de l'État. La suprématie de l'État se démarque face à celle du citoyen, spécialement quand l'État lui-même introduit des esthétiques qui favorisent le principe d'ordre face au débat et au désaccord. L'important, dans ce cas, est de voir comment la forme prime sur le fond, générant depuis le tiers monde une appropriation des esthétiques étrangères qui vise à éliminer les différences. Cette tendance inclut la massification et le déplacement vers de petits bataillons de citoyens uniformisés où ce qui est recherché est de suivre un patron ou un modèle caractérisé par les moyens.

Pour terminer, je m'arrêterai sur la métaphore du Botox, étant donné qu'il s'agit d'un traitement à base de toxines très dangereuses pour la santé

qui est fréquemment utilisé en Colombie et dans une bonne partie du monde. Ladite métaphore cherche à lier l'histoire de la Colombie à l'incursion en France pour mettre en lumière une hypothèse basée sur la question concernant la manière dont s'instaure une espèce de globalisation du beau. Le Botox, comme métaphore, peut s'appliquer autant à la nourriture qu'aux ordres sociaux.

Le cas de Roa Sierra

Le 9 avril 1948, à 13 h 15, quelques minutes après l'assassinat de Jorge Eliécer Gaitán, le corps de Juan Roa Sierra fut lynché par la foule urbaine. Le peuple se rassembla avec une rapidité inusitée au centre de la ville pour manifester sa colère face à la mort de l'un des *leaders* politiques les plus importants qu'ait jamais connus la Colombie. Juan Roa Sierra éprouva dans sa chair tout le poids de cette colère montante en se transformant en un objet de dévouement. Son agonie ne dura pas longtemps en raison des coups de poing qu'il reçut à l'aide d'une sorte de stylographe et de ceux portés à sa tête. Cependant, son corps déjà sans vie continua sa traversée des rues de la ville, dans laquelle il fut soumis à toutes sortes d'humiliations.

Juan Roa Sierra ne ressemblait en rien au type à moitié démolé qu'on retrouva dans les pavillons du cimetière central. Cependant, la tâche d'identification ne fut pas difficile : il était le seul cadavre qui non seulement portait des marques de lynchage sur tout le corps et le visage, mais le seul qui ne présentait non plus, pour une fois, de blessures faites par balles ou avec une machette.

Nous pûmes apprécier, au contraire, les belles images de Jorge Eliécer Gaitán, qui révélaient une intention (non seulement de poser avec le mort, mais aussi de lui donner une belle apparence) : que le mort soit beau – et le beau en lui est précisément qu'il n'ait pas l'air d'un mort, mais bien qu'il lui donne toutes les allures d'un profond et agréable sommeil. Sa vitalité, qu'il avait toujours conservée grâce à des exercices et une discipline quotidiens, lui donna jusqu'à la fin de ses jours une apparence de vivacité et de jeunesse (d'autres exemples de *beaux morts* en Colombie : Pizarro ou Galán).

Après ce préambule, j'aimerais m'arrêter sur certains points. Le premier est à propos de ce qui survint dans la ville de Bogota le 9 avril 1948 et de la mémoire que ces moments ont laissée. Pour beaucoup, pour nos pères et grands-pères, ce fut un épisode qui divisa l'histoire de la Colombie. Il s'agit d'un moment durant lequel ont commencé à se faire remarquer les changements mondiaux qui mobilisaient les sphères de deux hémisphères totalement antagonistes : la guerre froide, le danger du communisme dans certains pays d'Amérique latine et, de façon plus locale, la lutte entre libéraux et conservateurs furent

des symptômes de certains changements substantiels sur tous les plans (politique, social, économique). Si, d'un côté² (celui de la guerre que se livre aujourd'hui le pays), nous en avons encore des séquelles très vives, de l'autre nous voyons comment la mémoire reste oubliée dans le centre de Bogota : l'emplacement où est tombé Gaitán est tristement abandonné à son sort avec une série de plaques commémoratives que personne n'a nettoyées depuis des décennies. Des vendeurs ambulants et un trafic clandestin d'émeraudes durant le jour de même que des bains publics la nuit sont tout ce qui reste comme souvenir de ce site. Ce lieu peut être étendu à tout le territoire national et à ce qui, à un moment donné, est arrivé au pays. Il s'est converti lui-même en un lieu qui reflète non seulement le 9 avril lointain, mais l'état actuel de la mémoire du pays.

Dans un deuxième temps, nous voyons comment se manifeste un aspect absolument contraire au précédent : nous passons de l'abandon à la délicatesse extrême. Le cimetière central est un lieu où l'on trouve les tombes d'un grand nombre de personnages célèbres de l'histoire colombienne. Parmi les aspects historiques de ce même cimetière, plusieurs de ses cryptes étaient prêtées en location temporaire à des familles sans ressources économiques. Ce cimetière, qui parvint au point où il fut bourré de cadavres dans ses fosses communes et où atterrirent tous les morts de cette journée fatidique, ce lieu qui a gardé en mémoire une bonne dose de drame, finit par être, à ce moment-là, coupé en deux : sa partie « pauvre » fut effacée et transformée en un grand projet de jardin et de parc publics. Ledit cimetière, dans sa partie misérable qui avait été un lieu d'abandon et de ventes illégales de corps, propice à la création de mafias de voleurs de tombes et même de rites de groupes sataniques, est aujourd'hui un beau parc fleuri et tout neuf (le parc de la Renaissance), aseptisé, avec des espaces de vie où l'ordre s'impose en échange de la négligence et où la récréation et l'espacement font partie du quotidien, effaçant, de cette manière, tous types de vestiges des vies et des faits passés.

Nous voyons dans les deux exemples précédents comment le discours du changement radical est récurrent au moment de justifier l'asepsie d'un lieu déterminé : il n'y a aucune mémoire qui survive quand celui-ci est laissé à l'abandon. Un fait similaire eut également lieu dans le secteur d'El Cartucho¹ avec le patrimoine culturel de la nation qui, ne pouvant ni le récupérer ni le maintenir, a décidé de l'abandonner au gré du temps qui le détruit pour ensuite le transformer en quelque chose qui efface ses traces historiques. Aujourd'hui, ce secteur d'El Cartucho¹, appelé parc du Troisième Millénaire, approuvé par l'immense majorité des

que, al no poder recuperarlos ni mantenerlos, se decide dejarlos a que el tiempo los destruya para después transformarlos en algo que limpie sus huellas históricas. Hoy día este sector de El Cartucho, llamado Parque del Tercer Milenio, que agradece la inmensa mayoría de los capitalinos, tiene la capacidad de albergar gran cantidad de personas para disfrutar de una buena tarde de recreo. Asimismo, vemos en la casa de la esquina de la Carrera 7ma. con calle 90, patrimonio arquitectónico de la ciudad, cómo se agradece que ya no esté abandonada a su suerte y que se construya un bello complejo residencial de tres torres que acogerá a decenas de familias pudientes de la capital. O lo que sucedió con el famoso puente Guillermo León Valencia, sobre el río Ariari, patrimonio turístico del departamento del Meta y emblema en el escudo del municipio de Granada. Dicho puente estaba a punto de ser declarado monumento nacional. Llegaban turistas de diferentes sitios del país a Puerto Caldas con el único fin de conocer el puente que en el año 2006, debido a su inapropiada estructura y al descuido, terminó sus días ferándose como chatarra. Ahora lo reemplaza un nuevo puente mucho más sólido llamado El Alcaraván.

De esta manera se va borrando el pasado y se va dando paso *libre y audaz* hacia el futuro, empezando desde cero. La restauración resulta mucho más costosa que el hecho de levantar un conjunto residencial nuevo, o un parque nuevo, o un puente nuevo, pero vale la pena preguntarse: ¿un edificio, un parque o un puente reemplazan una memoria? ¿logran estos cambios arquitectónicos cubrir cientos de años de historia? ¿Qué idea se le está vendiendo al ciudadano cuando se le dice que lo importante es el resplandor, el orden y la limpieza, a cambio de un lugar cubierto de cicatrices y golpeado por el tiempo, pero a su vez, cargado de historia y de memoria?

París en huelga

A mediados de la década de los 90 hubo en la ciudad de París varias huelgas por la subida de Alain Juppé como Primer Ministro. El señor Juppé llegó con nuevos impuestos y con una arremetida bastante fuerte en las finanzas familiares y cotidianas de los franceses. París no ha sido precisamente una ciudad ajena a las huelgas y a las manifestaciones; por el contrario, siempre las ha tenido y éstas se han convertido a través de los años en una marca casi registrada de los franceses. Participar en una manifestación en París no es gran cosa, porque a veces pueden suceder hasta dos o tres manifestaciones por semana, lo cual se ha impuesto como rutina. En aquel momento de Juppé, las manifestaciones se multiplicaron hasta tal punto que hubo una medida muy propia de la derecha y de las políticas mundiales con respecto a la memoria o a los vestigios de una situación contraria a un orden impuesto: la limpieza después de cada manifestación resultaba impecable.

Lo interesante era ver que detrás del grupo de huelguistas, a menos de una cuadra de diferencia, venía otro grupo enorme de barrenderos, de camiones cisterna echando agua y jabón y

lavando con enormes escobillones rotatorios las calles por las que atravesaba la turba bulliciosa. Más atrás venía el escuadrón de camiones de la basura recogiendo las bolsas previamente llenadas por los barrenderos. En cuestión de segundos podía uno apreciar cómo el desorden y la "mancha" dejada por el grupo delantero, pasaba a ser asimilada y neutralizada por el grupo de atrás. Este sorprendente proceso buscaba al máximo permitir que el acto democrático se diera en sentido figurado: todos podían hacer lo que quisieran así hubiese una división entre Estado y ciudadano. Al ciudadano se le dejaba que manifestara si sentía desventaja o estaba en desacuerdo con las medidas del Estado. El Estado se autoimponía el derecho imperativo de asear los espacios públicos cuando éstos lo requiriesen. Cada quién ejercía su derecho casi al mismo tiempo, primando siempre la borrada inmediata de la memoria de dicho descontento. A los cinco minutos de haber pasado la huelga, las calles quedaban intactas como si nada hubiese sucedido. La manifestación, por ende, quedaba empacada higiénicamente en unas cuantas bolsas de plástico, y hasta se llegó a escuchar con ironía que la gente de determinados sectores quería que se manifestara en frente de sus casas o locales para que les dejaran bien limpio el lugar. El resultado aséptico empezó a primar sobre la razón.

El orden..., aquella idea de un orden sometido a reglas estructurales casi cartesianas se volvió el ejemplo a seguir. El ciudadano que no se tropieza con nadie, que no le sonríe a nadie, que no mira a nadie y que evita a toda costa establecer cualquier contacto con el otro. Las caras se tornan iguales en términos de gesticulación y los cuerpos se cubren de diferentes uniformes. Hoy día vemos con cierta regularidad que una persona tiende a vestirse de una manera particular, busca ser parte de alguna tribu urbana o de un grupo social específico que, como buen grupo que se respete, llevará una especie de uniforme que lo identificará visualmente, pero que además de esto considerará como propio un lugar, un lenguaje y un gusto determinados.

La manifestación y el grupo de barrenderos quedan como si los unos formaran parte de los otros. Se elimina por completo el signo que los diferencia haciendo de los dos una sola cosa. Asimismo, el ciudadano común y corriente con su uniforme o con su búsqueda de diferenciarse, termina siendo absorbido por una masa que reacciona igual y que se anula mediante la repetición, la alteridad y el disenso. Empezamos a habitar un mundo indiferente a la diferencia, indiferente al otro, indiferente al aire que lo rodea. El amor es consigo mismo; el gusto musical, olfativo, táctil y culinario también es el mismo. Todos tan iguales, para la seducción da igual: todos caminando bajo los mismos patrones llegan al mismo sitio. Todos con deseos de tener al menos una parte de ese gran "don" que acompaña a las grandes figuras. Unos, con ímpetu, buscan parecerse a la estrella del momento en un programa que los acoge

amigablemente. Por supuesto, hasta vemos cómo se alimentan estos patrones en una fallida exposición del Museo de Arte Moderno de Bogotá, donde se invita como figura central a la muñeca Barbie y se dispone un lugar lúdico para que los niños le diseñen vestidos a esta muñeca símbolo del deber ser. O el concurso de la revista *Jet Set* de principios del año 2005, que invitaba a las niñas de Colombia a que se vistieran y se parecieran a la reina de la farándula mundial del momento: Paris Hilton. De alguna manera, y a fuerza de estos mecanismos publicitarios repetitivos, terminamos comprendiendo que nosotros no debemos ser como nosotros, sino que debemos ser como otros.

Pero más allá de esta situación, lo que empezamos a percibir en lo cotidiano es una ciudad llena de pequeños ejércitos que ya no marcan una diferencia, sino que suponen una tendencia masiva que elimina por completo el sentido original de distanciarse del otro. Al final, la diferencia no se logra y la homogeneización de pensamiento y de actitud corporal y visual queda sometida a un duro cuestionamiento por su connotación marcial.

El Botox

El Botox es uno de los tratamientos más efectivos contra las huellas del paso del tiempo, que disimula y borra temporalmente las arrugas, fruto de las expresiones repetitivas de una persona. Aquellas arrugas que saltan a la luz cuando una persona sonríe, llora o emite algún tipo de gesto, quedan eliminadas con el tratamiento del Botox. Este medicamento, antes de considerarse como tal, es una neurotoxina llamada Botulinum, producida por la bacteria *Clostridium botulinum*, relacionada como causante directa del botulismo, enfermedad que, en palabras sencillas, se presenta cuando una persona ingiere alimentos envasados en malas condiciones y logra producir, incluso, la muerte por envenenamiento. "Uno de los síntomas más serios del botulismo es la parálisis (...). La toxina *botulinum* se adhiere a las terminaciones nerviosas. Una vez que esto ocurre, el neurotransmisor responsable de producir las contracciones musculares no se activa. (...) Básicamente, la toxina *botulinum* bloquea las señales que le dicen a los músculos que se contraigan. Por ejemplo, si ataca los músculos del pecho, esto puede provocar un impacto profundo en la respiración".⁴ De hecho, muchas de las personas que mueren de botulismo sufrieron un paro respiratorio. La pregunta que se hace una persona cuando escucha lo anterior es: "¿por qué alguien estaría interesado en inyectarse en su cuerpo la toxina *botulinum*?"⁵ El texto del cual extraje esta investigación científica se responde a sí mismo: "(...) muy sencillo: si cualquier área del cuerpo no se puede mover, entonces no se puede arrugar".⁶ De esta manera una persona acude a uno de estos tratamientos con Botox, inyectándose toxinas muy fuertes que envenenan el sistema nervioso con el simple objetivo de evitar que, cuando sonríe, la piel deje ver las huellas del tiempo que lleva sonriendo su rostro.

citadins, a la capacité d'héberger une grande quantité de gens venus profiter des plaisirs d'une douce soirée de loisirs. C'est ainsi qu'on peut voir avec la maison du coin de la rue 7ma et de la rue 90, patrimoine architectural de la ville, comment celle-ci est acceptée avec reconnaissance maintenant qu'elle n'est plus abandonnée à son sort et que s'est construit un beau complexe résidentiel de trois tours qui hébergera des dizaines de familles opulentes de la capitale. Ou encore prenons ce qui est arrivé au célèbre pont Guillermo León Valencia, sur le fleuve Ariari, patrimoine touristique du département de Meta et emblème de l'écusson de la municipalité de Granada. Le pont en question était sur le point d'être déclaré « monument national ». Les touristes en provenance de différents endroits du pays arrivaient à Puerto Caldas avec pour unique objectif de connaître le pont qui, en 2006, étant donné sa structure inadéquate et son mauvais entretien, termina ses jours en s'écroulant comme un vieux tas de ferraille. Aujourd'hui, un nouveau pont beaucoup plus solide, connu sous le nom d'El Alcaravan, le remplace.

Ainsi le passé va s'effaçant, et l'on repart d'un pas libre et audacieux vers le futur, en recommençant à zéro. La restauration s'avère beaucoup plus coûteuse que l'édification d'un nouveau complexe résidentiel, ou d'un nouveau parc, ou d'un nouveau pont, mais il vaut la peine de se demander si un édifice, un parc ou un pont peut remplacer une mémoire. Ou bien si ces changements architecturaux réussiront à couvrir des siècles d'histoire. Quelle idée vend-on au citoyen quand on lui dit que l'important, c'est la splendeur, l'ordre et la propreté, en échange d'un lieu couvert de cicatrices, de coups et de blessures du temps mais, en même temps, chargé d'histoire et de mémoire ?

Paris en grève

Au milieu des années quatre-vingt-dix, il y eut, dans la ville de Paris, plusieurs grèves au moment de la montée au pouvoir d'Alain Juppé comme premier ministre. Monsieur Juppé arriva avec de nouveaux impôts : une irruption trop forte dans les finances familiales et quotidiennes des Français. Paris n'a jamais vraiment été une ville étrangère aux grèves et aux manifestations ; au contraire, elle en a toujours connu, et celles-ci se sont transformées avec le temps en une marque de commerce quasiment enregistrée, typique des Français. Participer à une manifestation à Paris n'est pas un fait exceptionnel parce qu'il peut survenir parfois jusqu'à deux ou trois manifestations par semaine, phénomène qui a fini par devenir une routine. À l'époque de Juppé, les manifestations se multiplièrent à un point tel qu'une mesure fut prise, typique des moyens utilisés par la droite et les politiques mondiales vis-à-vis de la mémoire ou des vestiges d'une situation contraire à l'ordre établi : le nettoyage entrepris après chaque manifestation s'avéra impeccable.

Ce qui est intéressant à observer est que, derrière le groupe de grévistes, à moins d'un coin de rue de distance, arrivait un autre énorme

groupe de balayeurs, de camions-citernes déversant leur eau savonneuse et lavant avec d'énormes balais rotatifs les rues dans lesquelles s'engouffrait la foule bruyante. Plus loin derrière encore avançait l'escadron des camions à ordures ramassant les sacs préalablement remplis par les balayeurs. Ce n'était qu'une question de secondes avant qu'on puisse admirer comment le désordre et la « saleté » laissés par le premier groupe étaient assimilés et neutralisés par le groupe arrière. Ce processus surprenant visait à permettre à l'acte démocratique de s'exprimer au maximum de façon figurée : tous peuvent faire ce qu'ils veulent, quelle que soit la division entre l'État et le citoyen. Au citoyen, on permettait de manifester s'il se sentait désavantagé ou en désaccord avec les mesures prises par l'État. L'État, quant à lui, s'arrogeait impérieusement le droit de nettoyer les espaces publics quand ceux-ci le requéraient. Chacun exerçait son droit en même temps, mais en donnant toujours la priorité à l'effacement immédiat de la mémoire dudit mécontentement. Cinq minutes après le passage de la grève, les rues étaient redevenues intactes, comme si rien n'avait eu lieu. La manifestation, en fin de compte, était empaquetée hygiéniquement dans plusieurs sacs de plastique, et l'on allait jusqu'à entendre avec ironie que les habitants de certains quartiers souhaitaient qu'on manifeste devant leur maison ou édifice afin que ces endroits soient parfaitement nettoyés. La logique aseptique commença à prendre le pas sur la raison.

L'ordre, cette idée d'un ordre soumis aux règles structurelles quasi cartésiennes, se transforma en exemple à suivre : le citoyen qui ne bouscule personne, qui ne sourit à personne, qui ne dévisage personne et qui évite à tout prix tout contact avec l'autre. Les visages se transforment à l'identique en termes de gesticulation, et les corps se couvrent de différents uniformes. Aujourd'hui, on peut voir avec une certaine constance qu'un individu tend à s'habiller d'une manière particulière, qu'il cherche à faire partie d'une tribu urbaine ou d'un groupe social spécifique qui, comme tout bon groupe qui se respecte, porte une espèce d'uniforme l'identifiant visuellement mais qui, en plus d'être considéré comme propre à un lieu, possède un langage et un goût déterminés.

La manifestation et le groupe de balayeurs finissent par être comme si les uns faisaient partie des autres. Le signe qui les différencie est complètement éliminé, faisant des deux groupes une seule et même chose. De même, le citoyen ordinaire, avec son uniforme ou sa quête de différenciation, finit par être absorbé par une masse qui réagit pareillement et qui s'annule malgré la répétition, l'altérité et la discorde. Nous commençons à habiter un monde indifférent à la différence, indifférent à l'autre, indifférent à l'air qui l'entoure. L'amour est avec soi-même ; les goûts musicaux, olfactifs, tactiles et culinaires sont les mêmes, eux aussi. Tous sont si semblables ! C'est la même chose pour la séduction : tous ceux qui marchent selon les mêmes modèles parviennent au même endroit ;

tous ont le désir d'avoir au moins une part de ce grand « don » qui accompagne les grandes figures. Certains, avec impétuosité, cherchent à ressembler à l'étoile du moment, dans un programme qui les accueille amicalement. Bien entendu, nous voyons même comment s'alimentent ces modèles : dans une défaillante exposition du Musée d'art moderne de Bogota, on invite comme figure centrale la poupée Barbie et on dispose un espace ludique pour que les enfants puissent jouer à dessiner des vêtements pour la poupée, symbole de ce qu'il faut être ; dans un concours de la revue *Jet Set* au début de l'année 2005, on invita les fillettes de Colombie à s'habiller et à ressembler à la reine de la farandole mondiale de l'époque : Paris Hilton. D'une certaine manière, et à force de constater ces mécanismes publicitaires répétitifs, nous finissons par comprendre que nous ne devons pas être comme nous-mêmes, mais que nous devons être comme les autres.

Mais encore, au-delà de cette situation, ce que nous commençons à percevoir au quotidien est une ville pleine de petits bataillons qui déjà ne marquent aucune différence, si ce n'est qu'ils supposent une tendance massive à éliminer complètement le sentiment original de la distanciation d'autrui. Au final, la différence n'apparaît pas, et l'homogénéisation de la pensée et de l'attitude corporelles et visuelles demeure soumise à un dur questionnement en raison de sa connotation martiale.

Le Botox

Le Botox est l'un des traitements les plus efficaces contre les signes du passage du temps, qui dissimule ou efface temporairement les rides, fruit des expressions répétitives d'une personne. Ces rides, qui sautent en pleine face quand une personne sourit, pleure ou émet un geste quelconque, sont éliminées par le traitement du Botox. Ce médicament, avant d'être considéré comme tel, est une neurotoxine appelée *Botulinum* produite par la bactérie *Clostridium botulinum*, impliquée comme cause directe du botulisme, une maladie qui, en termes simples, se présente lorsqu'une personne ingère des aliments embouteillés dans de mauvaises conditions et qui va même jusqu'à causer la mort par empoisonnement. « L'un des symptômes les plus sérieux du botulisme est la paralysie [...]. La toxine *Botulinum* adhère aux terminaisons nerveuses. Une fois que cela s'est produit, le neurotransmetteur chargé de produire les contractions nerveuses ne s'active pas. [...] Simplement, la toxine *Botulinum* bloque les signaux qui donnent l'ordre aux muscles de se contracter. Par exemple, si elle attaque les muscles de la poitrine, cela peut avoir un impact sérieux sur la respiration¹. » De fait, beaucoup des personnes qui meurent de botulisme ont souffert d'un arrêt respiratoire². La question que se pose une personne qui vient d'entendre ce qui précède est : « Pourquoi quelqu'un pourrait-il être intéressé à s'injecter dans le corps la toxine *Botulinum* ? »³ Le même texte duquel est extraite cette recherche scientifique répond : « Très

La juventud. Lo nuevo. Lo que no tiene huella. La eliminación de la historia y del paso de la memoria. Los ojos occidentalizados en los japoneses, el blanqueamiento de la piel en las mujeres africanas, la música que se debe hacer y la que se debe escuchar, el cine que se debe ver, la fotografía que se debe tomar, los reinados que se gestan día a día en el mundo y la relación de todo esto con la normatividad de una belleza, puede ser fatal en el arte, por no hablar de la cultura en general de un país. Borrar las arrugas de un país entero, de un acontecimiento, de una manifestación, de un asesinato o de una persona, ha sido la lucha que ha llevado a plantear como alternativa el más macabro de todos los planes hacia el "Tercer Mundo": la globalización, económica, política, social y cultural. Se trata de unificar el pensamiento, la manera de ver y la forma de centrarse en un área específica, de dictaminar un orden de lo bello.

¿Qué es lo bello en una imagen si se desconoce la historia de la misma? Su poiesis, el momento mismo de la creación, el proceso alquímico que ha hecho posible la relación entre la experiencia, la idea y los elementos que la conforman, quedan anulados. Cuando se digitaliza ese proceso, cuando se abstrae en píxeles que eliminan la diferencia y hace ecuaciones rápidas para aplanar el mundo, empezamos a notar que hay algo grave que sucede en términos de cómo se ha ido transformando la mirada. Todo debe ser nuevo y seguir modelos de belleza, a cualquier precio, llevándose por delante cientos de deformaciones y de muertes. Ahora resulta normal que se hable tan descaradamente sobre lo bello y lo feo: "Miss Wayuu no tiene que ser bella", o "Buscamos personas feas" (ambos son titulares de artículos publicados en *El Tiempo*, el 4 de junio de 2005 y el 2 de febrero de 2006, respectivamente). ¿Quién determina esto? Y lo más grave es la acogida tan impresionante que puede tener un *reality* como el de "Cambio Extremo": sólo en Bogotá se presentaron catorce mil personas. Se trata de catorce mil personas que consideran que son muy feas y que no quieren ser como son. Pero, ¿cómo ha llegado a este punto una persona? Volvemos entonces a nuestro plano inicial: el bueno Jorge Eliécer Gaitán es bello; el malo Juan Roa Sierra es abominable. El bueno se presenta siempre en perfecto estado y el malo nos recuerda a las imágenes de los hijos de Hussein cuando el ejército estadounidense los mató, o a Pablo Escobar en el techo con la panza al aire, o a un Rodríguez Gacha entre lodo y sangre, frente a tantos héroes de la nación en perfecta pulcritud. Esta manera de enfrentar un estado donde se confunden lo bello con lo bueno y lo malo con lo feo, está hoy día incidiendo de manera grave en contrataciones, tipo de salarios, mejores oportunidades de trabajo y aumentos preferenciales a aquellos considerados bellos, lo que, por supuesto, hace que quienes caigan en desgracia y entren en un plano delinencial, sean por lo general las personas feas.

El Botox irrumpe como metáfora de un sistema que evita las arrugas en una ciudad

llena de arrugas. El Botox borra las huellas del malestar generando una idea imprecisa sobre el bienestar. El Botox logrará al final vender un tratamiento bajo el cual las personas encuentren que no hay nada mejor que morir con apariencia o kilómetros, así por dentro tenga una memoria invisible de largas sesiones de veneno para lograrlo, como puede suceder con el atún que se empieza a vender en algunos supermercados de Estados Unidos, luego de haberlo tratado con monóxido de carbono para que luzca siempre joven y fresco. Continuando con lo metafórico, me queda una pregunta: ¿es posible que un veneno que paraliza los músculos funcione en un entorno donde todavía no sabemos qué nervios accionan qué tipo de músculos? La resistencia debe darse contra el orden de lo bello que se pretende globalizar en un mundo tan radicalmente diferente. De hecho, cuando se habla de la transformación de algunos sitios de Bogotá, se hace en términos de cómo se parecen estos cambios a lugares en Estados Unidos o en Europa. Cuando se habla de cómo se recuperó un espacio y de la diligencia para hacerlo, siempre se tendrá como referente lo importante en términos de lo que se ve afuera. ¿Será que el arte sucumbe a estos caprichos de lo bello? Si el arte deja de ser reflexivo con la historia y su tiempo, pierde su esencia. Por ello, es urgente que la crítica acompañe estos procesos desde un punto donde lo local, su geografía y su historia, se funda con las dinámicas del mundo actual. Estudiar el Botox no es, ni mucho menos, para eliminarlo como palabra o como gesto del momento: es simplemente para entenderlo como una de las tantas manifestaciones de lo global, para saber cómo reaccionar ante él @

Notes

- 1 Alape, Arturo. *El Bogotazo. Memorias del olvido*, 13ª Edición, Planeta Colombiana Editorial S.A., Bogotá, p. 246.
- 2 La guerra que libra hoy Colombia es herencia de las pugnas ancestrales entre liberales y conservadores, así como el resultado fatal del Frente Nacional.
- 3 Barrio popular con arquitectura colonial y republicana que, con el tiempo, se convirtió en una gran comunidad de indigencia y drogadicción.
- 4 <http://health.howstuffworks.com>.
- 5 *Ídem*.
- 6 *Ídem*.



simple : si une zone quelconque du corps ne peut bouger, alors elle ne peut se rider. »⁶ De cette façon, une personne a recours à l'un de ces traitements Botox en s'injectant des toxines très fortes qui enveniment le système nerveux avec pour seul objectif d'éviter que, quand la personne sourit, la peau laisse paraître les traces du temps que porte son visage souriant.

La jeunesse. La nouveauté. Ce qui n'a pas de traces. L'élimination de l'histoire et du saut de la mémoire. Les yeux occidentalisés chez les Japonais, le blanchiment de la peau chez les femmes africaines, la musique qui doit être jouée et celle qu'il faut écouter, les films qu'il faut voir, la photographie qu'il faut prendre, les grands de ce monde qui grimacent jour après jour dans le



monde et la relation de tous ces exemples avec la normalisation d'une beauté peuvent être fatals dans l'art, pour ne pas dire pour la culture d'un pays en général. Effacer les rides d'un pays entier, d'un récit, d'une manifestation, d'un assassinat ou d'une personne a été la lutte qu'a cherché à propager comme *alternative* le plus macabre des pays envers le tiers monde : la globalisation économique, politique, sociale et culturelle. Il s'agit d'unifier la pensée, la manière de voir et la façon de se centrer dans une zone spécifique, de dicter un ordre du beau.

Quelle est la beauté d'une image si nous méconnaissons l'histoire de celle-ci ? Sa *poiesis*, le moment même de la création, le processus alchimique qui a rendu possible la relation entre l'expérience, l'idée et les éléments qui la forment sont annulés. Quand ce processus est numérisé, quand il s'abstrait en pixels qui éliminent la différence et qu'il fait des équations rapides pour aplatir le monde, nous commençons à remarquer qu'il y a quelque chose de grave qui survient en ce qui concerne la manière dont s'est transformé le regard. Tout doit être neuf et suivre des modèles de beauté, à tout prix, provoquant plus avant des centaines de déformations et de morts. Il en résulte maintenant qu'on parle effrontément du beau et du laid : « Miss Wayuu n'a pas à être belle » ou « On recherche des personnes laides »³. Qui détermine cela ? Et le plus grave est l'affluence si impressionnante que peut provoquer un *reality show*, comme celui de *Changement extrême* : dans la seule ville de Bogota, 14 000 personnes se sont présentées. On parle bien de 14 000 personnes qui se considèrent comme très laides et qui ne veulent pas être comme elles sont. Mais comment une personne en est-elle arrivée à ce point ? Revenons donc à notre thème de départ : le bon Jorge Eliécer Gaitán est beau ; le mauvais Juan Roa Sierra est abominable. Le bon se présente toujours en parfait état et le mauvais nous rappelle les images des fils de Hussein quand l'armée américaine les exécuta ou de Pablo Escobar sur le toit, le ventre à l'air, ou encore d'un Rodriguez Gacha entre boue et sang face à tant de héros de la nation à la propreté parfaite. Cette manière de confronter un état où se confondent le beau avec le bon, le mal avec le laid, est aujourd'hui gravement convertie en transactions, en types de salaires, en meilleures perspectives de travail et en augmentations préférentielles pour ceux qui sont considérés comme beaux, ce qui, par supposition, fait de ceux qui tombent en disgrâce et entrent dans la sphère de la délinquance, en général, des personnes laides.

Le Botox fait irruption comme métaphore d'un système qui évite les rides dans une ville pleine de rides. Le Botox efface les marques du mal-être en générant une idée imprécise du bien-être. Le Botox réussira en fin de compte à vendre un traitement grâce auquel les personnes trouvent qu'il n'y a rien de mieux que de mourir avec une apparence de « zéro kilomètre au compteur », bien qu'à l'intérieur soit conservée une mémoire invisible des longues sessions d'empoisonnement pour y parvenir, comme

c'est aussi le cas du thon qui commence à être vendu dans certains supermarchés des États-Unis après avoir été traité avec du monoxyde de carbone pour qu'il paraisse toujours jeune et frais. En continuant de filer la métaphore, il m'est venu une question : est-il possible qu'un venin qui paralyse les muscles fonctionne comme un intermédiaire quand on ne sait toujours pas quels nerfs actionnent quels types de muscles ? La résistance doit se faire contre l'ordre du beau qui prétend se globaliser dans un monde si radicalement différent. De fait, quand on parle de la transformation de certains sites de Bogota, elle s'opère en se demandant à quoi ressemblent ces changements de lieux aux États-Unis ou en Europe. Quand on parle de comment un espace a été récupéré et de la rapidité déployée pour le faire, on aura toujours à l'esprit la référence de ce que l'on voit à l'extérieur. Serait-ce que l'art succombe aux caprices du beau ? Si l'art cessait d'être réflexif avec l'histoire et son temps, il perdrait son essence. Par lui, il est urgent que la critique accompagne ces processus depuis un point de vue où le local, sa géographie et son histoire puissent se fondre avec les dynamiques du monde actuel. Étudier le Botox n'est pas, à tout le moins, destiné à l'éliminer comme parole ou comme geste du moment : il faut simplement le comprendre comme l'une des nombreuses manifestations du global pour savoir comment réagir face à lui ☹

Traduction : Antoinette de Robien.
(Tous droits réservés)

Notes

- 1 Arturo Alape, *El Bogotazo : memorias del olvido*, 13^e éd., Bogota, Editorial Planeta Colombiana S.A., p. 246.
- 2 La guerre que se livre aujourd'hui la Colombie est l'héritière des luttes ancestrales entre libéraux et conservateurs, tout comme l'est le résultat fatal du Front national.
- 3 Quartier populaire à l'architecture coloniale et républicaine qui, avec le temps, s'est transformé en grande communauté d'indigence et de dépendance aux drogues.
- 4 <http://health.howstuffworks.com>
- 5 *Idem*.
- 6 *Idem*.